



Estilo de Alfonso Alcalde

EL TEATRO, la prensa, la literatura latina —es decir, la que ejerce su influencia sobre un lector en la soledad— y más recientemente la radio y la TV, son los elementos que van contribuyendo con plena eficacia a la formación cultural del hombre. La actividad dramática ha reñido de modo decisivo sobre el espectador. El siglo de Oro hizo a los españoles de esa centuria muy pedantes y los contemporáneos de Lope bailaban como sus personajes. Hasta el "gracioso", que era por lo general un patán burdo y zafio, esculpado en charla de campalino ignaro entre farsas. Los de Calderón "calderonaban" y mataban el hipérbato con doctos fines —"en una de freir cordero..."—. Menos mal que la influencia de la corte y de la memoria de Ruiz de Alarcón con su dialecto mexicano compensó aquellos excesos. Después, la escuela de Moreto se suma a esas buenas lecturas.

En cambio Shakespeare, más poeta e inclinado al habla natural, hizo del ciudadano inglés de su día un admira-

ble a tono con el medio geográfico y espiritual en donde se desarrolla la acción. Con Alcalde se produce una reacción favorable, la vuelta a la belleza de lo esencial de la dramaturgia que no es esteticismo y que no es sólo acción y peripetia. Que está en el instrumento expresivo. Un director francés, hombre de izquierda y gran innovador de la escena gala, dijo, con la forma justa, al señalar la persona de la palabra: "Gère le Mot." Es decir, para este "metteur-en-scène" lo verdaderamente revolucionario en el teatro consistía en devolverle a la palabra —"mot"— su entera dignidad.

En los campos y en los medios humanos de pescadores se ha conservado el gusto —el regusto, diría mejor— por el buen decir y por una forma casi irrefragable de humor. La palabra, el término justo, la voz llena de sonos eufónicos que parecen cargados de esencias terribles, en el pensamiento del pueblo, es metafísica, es esencialidad. La misma que tiene en el texto de Alcalde.

Aquí está a su punto la desafiante ausencia del afán de modas. La perla del agro y de la marina no cambia más que por sus pesos costados y de un modo funcional. Hay quien habla, con error, ante esta lección, de anacronismo y de lenguaje arqueológico. No es eso. Es el instinto de la perla primitiva, que no debe confundirse con la llamada por los filólogos "lengua literaria". Es decir, la conservada en su estado de literalidad primigenia en las obras escritas del pasado.

En todo este penata cuando en mi bitaca del Camilo Henríquez me llegaban los sonos de la prensa que encierra ese esquema dramático que ha sido reducido por el adaptador José Carreras. No es en realidad hasta qué punto es fiel a la materia prima de su trasero. Creo que el experimento teatral vale por los personajes, por los símbolos, por el lenguaje que —repto— es bello. Como obra teatral, en el estricto valor del término, se malogra por el exceso clima escénico de la adaptación.

Quiero insistir en lo que señalé al principio. Esta vuelta al rigor de la palabra constituye un buen síntoma. Si el caso se produce en el teatro, medio cultural masivo, tanto mejor que en el libro. Si éste a la larga es de afecto más valioso, carece de la fuerza "peculiar" de la literatura dramática. En el México borincano —aproximadamente entre 1914 y 1930— existía verdadera horror por la cursilería (grampería). Este horror lo creó Benavente con los síndicos de su teatro. Se creó entonces una enfermedad peor: la antigrampería que es, en



Alfonso Alcalde

Estilo de Alfonso Alcalde [artículo] Antonio Romero.

Libros y documentos

AUTORÍA

Romero, Antonio

FECHA DE PUBLICACIÓN

1971

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Estilo de Alfonso Alcalde [artículo] Antonio Romero.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile